

desocupados amigos. — ¡Se acabó el estudio! ¡Ya no me presento a las oposiciones! ¡Desde este momento puedo aceptar el cargo de prior! Vamos a ver, camareros: ¿qué dais de comer hoy a esta cofradía de los alegres?

Todos los miércoles grandes aprestos de liebres, perdices, faisanes y pavos, ternera asada y asados capones, y todo delicado manjar...

UN CONVIDADO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Habrá bastante?—se preguntaban, mirándose, en la cocina, las tres hermanas: Santa, Elisa y Angélica Borgianni, atareadas desde hacía dos días en la preparación de una comida señorial.

Santa, la menor de las tres, era más alta que Angélica; y Angélica, era más alta que Elisa, la mayor en años. Las tres, además, opulentas de pechos y caderas, rivalizaban con sus hermanos en fuerza hercúlea y estatura colosal.

—¡La familia Borgianni se compone de ocho columnas!—solía decir Mauro, el menor de los hermanos y de la familia.

Total: tres hembras, y cinco varones: Rosario, Nicolás, Titta, Lucas y Mauro, por orden de edad.

Rosario y Nicolás, atendían las faenas del campo; Titta, cuidaba de la mina de azufre, cerca del pueblecillo de Aragona; Lucas, era contratista de obras públicas de casi toda la comarca; Mauro, apasionado cinégeta, se dedicaba a la caza.

Rosario Borgianni, era famoso por sus juveniles furores de bestia selvática. Se referían de él las más temerarias aventuras en los nefandos tiempos del bandolerismo, naturalmente aumentadas y embellecidas por la fantasía popular. Hasta se afirmaba que un día, afrontó, sólo, a una docena de bandoleros, entre los más sanguinarios, y los había matado a todos. ¡Exageraciones! Solo había matado cuatro: dos en su mismo predio, y los otros dos, a lo largo del camino, que, desde Comitini, baja a Aragona.

También de Mauro se contaban asombros. Por ejemplo: un día, cazando, cayó desde el monte de las Horcas; rebotó tres veces sobre otros tantos salientes, y a cada rebote, con la escopeta en alto, exclamaba del modo más natural:

—¡Por fortuna soy un excelente bailarín!

A pesar de esta habilidad, se fracturó la piedad derecha y sufrió una ligera conmoción cerebral, él, que a decir verdad, de cerebro jamás había estado completamente sano.

Otra vez, cazando, descubrió tres o cuatro estorninos sobre el lomo de algunos bueyes que pastaban en un declive. Inclinado, quedamente, se

acercó; y apenas estuvo a tiro, ¡pum! un escopetazo. Brinca desde las zarzas, dado a todos los diablos, el bueyero.

—¡Alto ahí!—le grita Mauro, puesto en guardia.—Si das un paso más, te dejo boca arriba.

—Pero ¿qué hace usted, señor Mauro? ¡Son mis bestias!

—¿Pero no sabes, animal, que yo disparo donde veo caza?

—¿Hasta sobre el lomo del ganado?

—¡Hasta sobre la cabeza del Niño Jesús, si confundiese el Espíritu Santo con un palomo!

* * *

Había tanta comida como si se esperase lo menos treinta invitados; y sin embargo, invitado no había más que uno, y ni aún se sabía quién era. Sabíase solamente, que debía llegar de Comitini, y que se le debía esta comida a título de gratitud, por la hospitalidad prestada al hermano Lucas, el contratista, escondido desde hacía quince días.

¿Un homicidio? Sí... No... Casi... Se le había adjudicado a Lucas Borgianni la construcción de la carretera entre Favara y Naro. Una noche, después del trabajo, al regresar a caballo, y en cierto paraje del camino, había visto una sombra que se alargaba amenazadora, proyectada sobre el

blanco balasto al claror de la luna. Sin duda, acechaba algún encapuchado. Afortunadamente, Lucas lo había descubierto; o mejor dicho, había descubierto la capucha. Le había parecido que el bribón se agazapaba para resguardarse de la luna, que subía lentamente trás la colina.

—¿Quién vive?

Silencio.

¡Trac, trac! Arriba, por precaución, los gatillos. Un grillo comenzó a cantar.

Entonces, Lucas, de nuevo, deteniendo el caballo:

—¿Quién vive?

Silencio. Solo canta el grillo.

—¡Si a la de tres—grita por fin Lucas, palideciendo—no respondes, puedes hacer la señal de la cruz! Uno.

La sombra permanece inmóvil.

—¡Dos!

Y allí, la sombra continúa impasible. Silencio. Solo canta el grillo.

—¡Tres!

Y un escopetazo. Algo salta por los aires; y entonces, Lucas se lanza al galope. Cuando llegó a casa, no le quedaban alientos. Sus hermanos y hermanas lo rodearon.

—¡Escondedme, escondedme!

—¿Por qué? ¿Estás herido?

—No... he matado...

—¿Tú? ¿A quién?

—A uno. No sé... Con la escopeta... ¡Escondedme!

Cogiéndolo sus hermanos, con todo su peso, de momento, lo bajaron a la bodega. Entretanto, Mauro había salido de casa, para averiguar si ya en el pueblo se propalaba algo acerca del homicidio. Rosario y Titta habían esperado impacientes que Lucas, en la bodega, se repusiese un poco para conducirlo fuera, a lugar más seguro; habían pensado ya en el refugio: en casa de un compadre suyo de Comitini, donde Lucas iría aquella misma noche, a caballo, por las afueras del pueblo. Nicolás, armado hasta los dientes, salió para vigilar por los alrededores del sitio designado por su hermano, e indagar lo que hubiera del asunto. Finalmente, Lucas pudo ponerse en camino. Y al día siguiente, al alba, regresó Nicolás.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Nada! Solo he encontrado un capote con el capuchón, por tierra. Seguramente, el herido, arrastrándose, ha llegado hasta el pueblo, dejando allí el capote agujereado por muchos sitios... Lucas dispara como el mismísimo Dios. Debe haberlo herido mortalmente, a juzgar por las huellas... ¡No me explico lo ocurrido! ¡Dos agujeros así de grandes en el capuchón, esto es, en la cabeza!... ¡Debe haberlo matado!

Pasaron tres días de angustiosa espera. No se sabía nada en el pueblo, ni en los pueblecillos cercanos se tenía noticia de ningún herido ni de ninguna muerte violenta. Al cabo de dieciseis días vino a saberse que un campesino, trabajando en aquellos contornos, se había servido como percha de un mojón del camino; había puesto sobre el mojón, el capote, dejándolo allí por la noche, al regresar, olvidado. Lucas había disparado contra el mojón, confundiéndolo con un encubierto.

* * *

Ya estaba la comida dispuesta desde la víspera, sobre larga mesa, en medio de la estancia: un pálido lechoncito, festoneado de laureles, y relleno de macarrones, en una cacerola, para enviar al horno; siete liebres desolladas, con un ribete de tordos cazados por Mauro; dos pavos de espléndida pechuga; pies de buey con gelatina; un corderito; tripa y coletto en pedazos; un gran pescado en salsa; una enorme torta, y después, un sin fin de botellas y fruta en respetable cantidad.

¿Habría bastante?

Titta decía que sí; Mauro, decía que no, y echaba cuentas:

—Nosotros somos ocho, y con el convidado, nueve; el criado y la criada, once. Y a Dios sean da-

das las gracias, cada uno de nosotros come por cuatro, conque...

—¡No pases cuidado: nuestro huésped, no padecerá!—aseguraba Titta.

Esta conversación ocurría sobre la media noche, alrededor de la mesa. Hermanos y hermanas habían abandonado la cama silenciosamente, empujados por un mismo deseo de contemplar el efecto que producía la comida, dispuesta; y de este modo, habían acudido, uno tras otro, en camisa, con una bujía en la mano, como sombras noctámbulas. Entre Titta y Mauro, se encendió poco después una disputa. Mauro blandió una liebre y amenazó a su hermano. Enzorzáronse los dos.

—¡Una mazurka, una mazurka!— exclamó en aquél momento Angélica, oyendo por fortuna mandolinas y guitarras de una serenata, en la calle.

—La Nocturna— exclamó Santa al mismo tiempo, palmoteando y agarrándose a su hermana, para bailar, las dos en camisa.

Los demás siguieron entonces el ejemplo: Elisa se echó en brazos de Titta; Rosario hizo pareja con Nicolás, y Mauro, que se había quedado sin compañero, comenzó a bailar también él alegre, sin soltar la liebre cuyas orejas sacudíanse en el movimiento.

* * *

Nadie, en los primeros momentos, entre los apretones de manos, los abrazos y los besos y las preguntas a Lucas, la más alta columna de la familia, reparó en un hombrecillo de incierta edad, oprimida la cabeza en un enorme sombrero, hundido hasta la nuca, pero apuntalado a ambos lados por las orejas, dobladas por la opresión. El pobrecillo parecía conmovido ante las expansiones de afecto de aquellos ocho colosos, entre los cuales no había una sola mirada para él, ya todo turbado y tan pequeñito, que no llegaba siquiera (sombrero inclusive) a los hombros de Elisa, la más bajita de las hermanas.

—¡Esperad un poco: os presento a Don Diego Filinia, conocido por «Jilguerillo»—dijo por fin Lucas acordándose. Y le puso una mano sobre los hombros, con aire de protección, sonriendo.

—¡Dios mío, que pequeñito es!—exclamaron entonces a coro, descubriéndole, las tres hermanas.—¿«Jilguerillo?».

—Es mi apodo... ¡Como soy así!. —dijo Don Diego, quitándose de la cabeza el gran sombrero y sonriendo con apurada humildad.

Todos lo miraron con ojos llenos de profunda conmiseración, descubierto, sin un solo cabello sobre el lucido cráneo oval, protuberante, y no encontraron palabras que decirle. ¡Oh, desilusión! ¿Aquél era el invitado? ¡Vamos. . ! ¡De haberlo sabido antes. . !

—¿Por qué llora?—preguntó Angélica, después de haberlo observado largo rato con gesto de repulsión y lástima.

—¿Llora usted?—dijo Lucas, volviéndose, inclinando el cuerpo y mirando desde muy cerca la cara del diminuto invitado.

—No lloro, no—respondió D. Diego en el acto de llevar a su ojo derecho un gran pañuelo de hierbas. —Cuando veníamos, se me ha metido una brizna en este ojo... No lloro.

—¡Ah. . !—exclamaron, tranquilizados, los colosos.

Don Diego, de los ojos se llevó el pañuelo a la nariz, levemente, como para recibir una lágrima.

—Quítese usted el gabán!. —le indicó Santa.

—No, no. Permítame que esté así,—gimió Don Diego. —Si ¡Dios me libre! comienzo a estornudar, llego hasta la centena. Por eso no me desabrigo nunca.

Y suspiró.

—Si, si...—dijo embarazado por el silencio de los demás, frotándose continuamente las manos y con la mirada baja.

Nadie se decidía a hablar, y aquella perplejidad hacía de minuto en minuto más penosa.

—Le estamos muy agradecidos—dijo finalmente Lucas—por la cortesía y los favores que de usted he recibido, durante mi estancia en Comitini.

—¡Se lo agradecemos todos de corazón!—añadió entonces Rosario, tendiendo una mano al huésped.—¿Cómo se llama... Jilguerillo?

—Lo hecho no merece la pena: me llamo Filinia,—dijo Don Diego sonriendo, humildemente.

—Haga usted cuenta de que está en su casa,—añadió Nicolás, estrechando a su vez la mano del invitado y mirando a los demás hermanos como para decir: —«Ahora os toca a vosotros: yo ya he cumplido»

Titta y Mauro, uno tras otro, siguieron el ejemplo e hicieron una reverencia, avanzando con paso militar y estrechando después del cumplimiento la mano de Don Diego, quien no supo de ningún modo, abandonar su: «De nada, de nada» como contestación.

Las tres desilusionadas hermanas no consiguieron sacarle una palabra más de la boca.

Se habló, después, del suceso, por el que Lucas se había ocultado.

—¡Qué mojón!—exclamó éste colérico. —¡Era un hombre de carne y hueso, apostado! ¡Si al escopetazo oí un grito con estos mismos oídos! ¡Quisiera saber ahora quién es el bufón que ha echado a volar esa historieta! ¡Ya le diría yo si es lícito reirse a costa de Lucas Borgianni!

—¡Basta, basta. . !—dijo Rosario. —No nos importa quién lo ha dicho. Sea quién sea, se ha di-

cho. No se hable más de ello. Hoy no hay que pensar más que en divertirnos.

Don Diego aprobó con la cabeza, no porque se prometiese una distracción, pobrecillo, entre aquellos ocho gigantes, sino para evitar todo motivo de disputa. ¡Nadie sabe lo que puede sobrevenir!

Esperando que les llamaran a la mesa, Rosario y Nicolás comenzaron a discurrir con el invitado sobre cosas del campo, de los buenos y de los malos años. Don Diego, con su humildad, lo dejaba todo a la voluntad de Dios, pero esta abdicación, en cierto momento, hizo salir de sus casillas a Nicolás.

—¡Qué voluntad de Dios! ¡Aquí son necesarios brazos de hombre para la tierra! ¡Brazos como estos, mire usted, «Jilguerillo»!

Y mostró a Don Diego en tensión y con los puños cerrados, los brazos hercúleos, como si fuese en él costumbre tratar la tierra a puñetazos para obligarla a que todos los años rindiera más de lo que debía.

—¡O estos otros aunque parezcan fatigados y viejos!—exclamó Rosario mostrando los suyos.

Entonces, Titta y Mauro también quisieron mostrar sus brazos arremangándose la chaqueta y la camisa. El pobre Don Diego se vió bajo la nariz, apuntados, ocho nervudos brazos, capaces de desnucar a ocho bueyes.

—¡Ya lo veo, ya lo veo!—decía a cada uno,

mirándoles los brazos y sonriendo con una maravilla mezclada de consideración.

—¡Toque usted, toque usted!—intimaronle los hermanos Borgianni.

Y Don Diego tocó, poco a poco, con un dedo tembloroso, mientras con la otra mano se llevaba el pañuelo a las narices por miedo a que no destilara alguna gota (¡Dios me libre!) sobre aquellos brazos.

—¡A la mesa!—vino a anunciar Santa indolentemente, sin sombra de entusiasmo.

—«Jilguerillo», a la mesa—gritó Mauro.—No se preocupe. Ya crecerá... Ha de comer usted tanto que no le va a ser posible salir por esta puerta. Ya lo bajaremos a usted encinchado y repleto, por una ventana.

—¡Yo como muy poco!—anticipó Don Diego, previniéndose.

—¿Cual es el sitio del invitado?—preguntó en voz baja Titta a sus hermanas.

—Entre Rosario y Elisa—propuso Mauro.

Elisa se rebeló:

—Nosotras tres nos sentaremos juntas.

Don Diego tomó asiento entre Rosario y Nicolás. Y apenas los ocho Borgianni se sentaron a la mesa, llenáronse de vino los grandes vasos para el agua.

—¡Por la señal de la Cruz!—dijo Rosario, solemnemente.

—¡Y al coletto!

—¿No bebe usted, Don Diego?—preguntó Titta.

—¡Nunca antes de la comida, muchas gracias!—se excusó el huésped, tímidamente.

—¡Vamos, hombre, esto no es más que para abrir el apetito!—le sugirió Nicolás, poniéndole en la mano el vaso.

Entonces, Don Diego se lo llevó a los labios, por cortesía, y penosa y cautamente, le hizo una coronilla, de un sorbo.

—¡Arriba, arriba, todo!—le incitaron los ocho Borgianni.

—¡No puedo, no puedo, muchas gracias!

Mauro se levantó de la silla.

—¡Yo le convenceré! ¡Dejadme!—Cogió con una mano el vaso y con la otra, la cabeza de Don Diego, y, diciendo: —¡Permítame que le sirva!—le vació el vaso en la boca, al pobrecillo, que en vano se resistía.

—¡Dios mío!—sollozó, poniéndose en pié Don Diego, casi ahogado, con los ojos llenos de lágrimas. —¡Dios mío!

Se enjugó el sudor de la frente, entre las risas de los comensales.

—¡Miradlo! ¡Se le ha salido el vino por los ojos!—observó Angélica, burlonamente.

Llegó a la mesa el lechoncito relleno. Rosario se puso en pié; trinchó el animalillo, dándole el trozo más grande a Don Diego.

—¡Demasiado... esto es demasiado!—dijo éste con el plato en la mano.

—¿Qué demasiado?—exclamó Nicolás. —¡No hay ni para comenzar!

—¡Con la mitad tengo bastante, se lo ruego!—insistió Don Diego. —No tengo costumbre... Yo soy un hombre muy parco...

—¿Parco? ¡Pues esto es carne de puerco! ¡Coma usted!—gritó Mauro, levantándose otra vez de la silla.

Don Diego, asustado, inclinó la cabeza sobre el plato y se puso a comer, sin decir palabra.

Comieron aquel primer plato en silencio, todos. Solo de vez en cuando, y apenas el invitado intentaba dejar furtivamente el tenedor:

—¡Coma usted!—le repetían los colosos.—¡Cómasele usted todo!

—Ahora ya, ¡créanlo ustedes! no me es posible comer más—protestó Don Diego con alguna energía, después de haber apurado aquella ración, exhalando un gran suspiro de descanso.—¡He puesto, como suele decirse, una pica en Flandes!

—¿Qué está usted diciendo?—replicó vivamente Mauro.—¡Si apenas hemos comenzado!

—Todo está muy bien para ustedes...—observó sonriendo Don Diego,—robustos y capaces ¡Dios los bendiga! Yo no puedo.

—¿Pero por quién nos ha tomado usted?—se rebotó Titta, frunciendo las cejas.—¿Cree usted,

acaso, que nosotros convidamos a nadie a un solo plato? Siga usted comiendo, que ese es su deber. Nosotros estamos cumpliendo el nuestro.

—¡No he querido ofenderles!—se excusó apresuradamente don Diego.—Digo, solamente, que yo...

—¡Usted comerá!—le atajó Rosario.—¡Ahora viene la caza de Mauro!

—¿Una liebre y cinco tordos para mí?—exclamó aterrado don Diego.—¡Usted se equivoca, señor mío! ¡Tenga usted piedad! ¿Cómo puede imaginarse que yo?..

—¡No me venga usted con cuentos!..—dijo Nicolás, con gesto concluyente.

—¡Pero fíjense ustedes!—respondió don Diego.—¿Cómo es posible? ¿Dónde meto todo esto? ¡Supongo que no querrán ustedes que deje aquí la piel!..

—¿Qué es eso de la piel?—preguntó Rosario.—No tiene usted por qué dejar nada: la liebre está desollada...

—¡No! ¡Si digo mi piel! ¿Dónde voy a meter una liebre?

—Y los cinco tordos que tiene en el plato.

—¡Eso por añadidura! ¡Ni que tuviera la solitaria! Me comeré los tordos, solamente!

—¡Cá!..—prorrumpió Mauro, blandiendo un muslo de liebre que, de vez en cuando, apretaba entre los dientes, palanqueando. ¡Esto lo he ca-

zado yo! ¡Durante algunos días me he molido los huesos por usted! ¡Si no se lo come, creeré que es una ofensa que me infiere, personalmente!

—¡No se enfade, no se enfade! ¡Probaré... probaré!..

Y, para sí, el pobre don Diego encomendó su alma a Dios misericordioso.

Comiendo, el sudor comenzó a caerle de la frente. De vez en cuando, levantaba apenas los ojos y miraba a aquellos ocho demonios escapados del infierno, que jamás acababan de tragar vino y más vino y...

—¡Dios mío, ayudadme!—gemía en voz baja. La comida no tenía fin. Don Diego hubiese querido llorar, revolcarse por el suelo, de desesperación, arañarse el rostro, desencajadas sus mandíbulas por la rabia. ¿Por qué aquella crueldad? ¡Nerones, Nerones! Pero ni siquiera le quedaban fuerzas para apartar el plato: cuchillos, vasos, botellas, todo daba vueltas ante sus ojos, como en remolino, y los oídos le zumbaban y los párpados se le cerraban, solos; mientras, los ocho Borgianni, ya borrachos, aullaban, gesticulaban como energúmenos, levantándose, sentándose, injuriándose recíprocamente.

Si don Diego apartaba un poco el plato, como diciéndose a sí mismo: «No puedo más, no puedo más»,—los ocho gigantes erguíanse con los cuchi-

llos en la mano, y los dos más cercanos le amenazaban, poniéndoselos en la garganta y gritando:

—¡Coma, coma, señor imbécil, que para usted hemos hecho el gasto!

No era ya don Diego de este mundo, cuando vió reparacer, con sus ojos entreabiertos, algo así como una piedra de afilar. Insinuó una vana tentativa para levantarse y huir.

—¡Dios mío! ¡Me han atado a la silla!—y se echó a llorar.

No era verdad que lo hubiesen atado; pero a él así le parecía. ¡Pobre don Diego!

Rosario irguió toda su talla con el trinchante en la mano. A don Diego le pareció que llegaba con la cabeza al techo, y que tenía en las manos un hacha para ajusticiarlo.

—¡La mitad, para don Diego!—gritó Rosario, cortando por la mitad la enorme torta que al mísero le había parecido una piedra de afilar.

—¡La otra mitad, para los vecinos!—propuso Angélica.

—¿Y para nosotros?—preguntó Mauro.—Y para nosotros ¿nada? ¡Yo quiero la parte que me toca!

Lucas surgió en favor de la proposición de Angélica.

—¡Para los vecinos, para los vecinos!

Don Diego estaba pendiente de aquella disputa, aterrado.

—¡Pues, entonces, yo tomo lo mío, porque me dá la gana!—prorrumpió Mauro, levantándose y poniendo la mano sobre la torta.

Pero Lucas fué más diligente; cogió la torta, y seguido de la familia, entre los gritos, los tiros, los empujones, fué a echarla por la ventana. Siguió una batalla campal. Hermanos y hermanas se agarraron por los cabellos: gritos, puñetazos, bofetadas, arañazos, sillas por el suelo, botellas, vasos, platos en pedazos, el vino derramado sobre el mantel: un terremoto. Rosario se puso en pié, sobre una silla y gritó tronituante:

—¡Qué vergüenza! ¡Qué espectáculo! ¡Sin recordar que hay un invitado!

Ante tan fieras intimaciones, algunos de aquellos energúmenos se detuvieron como por encanto. Buscaron con sus miradas al invitado. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había metido?

Sobre la silla se veía un abrigo; bajo la mesa un par de zapatos. El desgraciado se había escabullido, descalzo, para correr más fácilmente.

—¡No ha estado mal la comida!—decíanse poco después los ocho Borgianni, ya sosegados. Todo fué bien: sólo ha faltado la fruta...

IN CORPORE VILI